

Ella

NI CIGÜEÑAS NI COLES



EN estos días tiene lugar, en Londres, una reunión de profesores, médicos y padres de familia, cuyo objeto es el de estudiar la conveniencia y forma de aplicación de uno de los aspectos más fundamentales en la formación del niño y el adolescente: la educación sexual.

Con el mismo fin, y organizada por la UNESCO, se celebró una conferencia internacional, a principios del presente año, en Hamburgo y otra similar en Estocolmo. Por extraño que parezca, en estos tiempos en que tanta atención se presta a los problemas de la infancia y la juventud, es evidente que no sólo ellos,

sino los mismos adultos, carecen de la preparación adecuada en cuanto respecta a este trascendental tema. Enfocarlo seriamente es una necesidad urgente para quienes tienen en sus manos la delicada tarea de encauzar el desarrollo de las nuevas generaciones.

Una historia tan antigua como el mundo

El mecanismo de las relaciones hombre-mujer, en sus planos físico y espiritual, es, sin duda, el más definitivo de la historia de la Humanidad. Y, por

absurda paradoja, mucho menos o peor conocido que el que hace posible el disparo de un rifle o la puesta en marcha de un automóvil.

En otros campos se ha favorecido la información, se la ha alentado por los más diversos medios. Padres y maestros se afanan por introducir en el cerebro de los niños el mayor cúmulo de conocimientos posibles, para que sean capaces de entrar en la vida con armas suficientes que les permitan subsistir y ser felices. Pero de esas cosas que existen desde la aparición del hombre sobre la tierra, o se ha callado demasiado o se ha hablado mal.

Aún están cercanos los días en que la sexualidad era considerada como tema tabú y cualquier alusión a ella como francamente «chocante». Los adultos daban por sentado que los jóvenes se informaban por sus propios medios y que no era necesario ni deseable intervenir para satisfacer su curiosidad. La libertad acordada por la costumbre a los varones era bastante para tener acceso al indispensable conocimiento, y el matrimonio para proporcionárselo a las mujeres.

De esta simplista manera razonaban nuestros antecesores, porque toda una larga y ciega tradición así lo disponía.

Hoy sabemos muy bien que la información adquirida al azar de un libro leído a escondidas, de la charla con el compañero igualmente ignorante o confundido, de la experiencia fortuita o buscada en los peores ambientes, no solamente es escasa, débil, deformada, sino malsana. El conocimiento a medias, la sensación de que todo lo que se relaciona con la sexualidad es algo vergonzoso, que se debe ocultar cuando no es posible evitar, crea serios problemas, cuyas consecuencias son claramente apreciables en la vida del individuo. Taras, perversiones, inhibiciones, por no citar más que algunas de las tristes secuelas de tal estado de cosas, pueden, a buen título, adjudicarse a la debilidad, la cobardía, cuando no a la misma ignorancia de los progenitores.

Pero, por fortuna, ya va siendo corriente que admitan —unos, «porque no hay más remedio»; otros, por inteligente comprensión— la necesidad de instruir a sus hijos en estos temas, que han dado en llamarse, eufemísticamente, «las realidades de la vida».

La consigna de hablar

A aquel tácito acuerdo de silencio que se estimaba como conveniente, sucede hoy la consigna de la claridad. Hay que hablar, claro y a tiempo. Pero, ¿cuándo?, ¿cómo?, es lo que se preguntan los padres, mientras esperan, angustiados, el momento en que su pequeño empiece a hacer preguntas. Y si bien es cierto que ya no se escandalizan ante la idea de responder con la verdad, todos, o casi todos, estiman que aún no ha llegado para su hijo el momento oportuno. Si manifiesta su curiosidad, siempre juzgan que es demasiado pequeño para contestarle. Y todo se arregla cambiando de conversación o diciéndole que ya hablarán otro día. Y si el chiquillo calla, si no demuestra curiosidad alguna, es, en el criterio paterno, porque «esos problemas» no le preocupan. Prematuro también, pues, ocuparse de ellos.

En cualquier caso, se trata de conductas equivocadas. Al niño que pregunta se le debe contestar, no rehuir. Y al que parece indiferente, instruir igualmente, ya



que toda criatura normal se plantea las mismas cuestiones, tanto si las manifiesta como si no. En este último caso es muy probable que tenga de las cuestiones sexuales una idea pecaminosa —fácilmente adquirible por comentarios que haya oído en ese sentido— y se avergüence de expresar su curiosidad.

La opinión de la Iglesia

Como es lógico, no sería útil ni juicioso instruir a un niño de cuatro años como se haría, sobre el mismo tema, con un adolescente. Lo que médicos y pedagogos aconsejan es no mentirle; pero tampoco exponerle una verdad completa, con detalles que su edad no le permiten comprender.

Decir a un chiquillo que él se ha formado en el seno de su madre, es suficiente para que se dé por satisfecho. Le resultará tan natural como que la semilla que siembre en un tiesto dé flores y más tarde fruto. Todo depende de dar a la respuesta un tono sencillo, sin rubores absurdos ni solemnidad alguna.

Y, sin embargo, ¡qué difícil es para muchos el emplear esta fórmula! Les parece mucho más cómodo o «bonito» inventar barrocas historias de cigüeñas o coles, que no coinciden con las observaciones recogidas por el propio niño —muchas más de las que suponemos— y que los mismos padres se encargan, distraídamente, de desmentir en conversaciones que los pequeños escuchan.

Hace algunos años, en el curso de unas conferencias que sobre pedagogía infantil tuvieron lugar en Barcelona, un sacerdote expuso este tema de la educación sexual presentando como ejemplo utilizable, lleno de belleza y claridad, la frase del Avemaría «y bendito sea el fruto de tu vientre». «Si esto se enseña a los niños, ¿por qué no decirles que también ellos son fruto del vientre de su madre?». Y una señora que escuchaba, exclamó, escandalizada: «¡Este cura es un liberal!»

Ignoraba que la Iglesia ha manifestado su posición a este respecto preconizando el empleo de la verdad. «Creemos que la práctica del silencio erigido en sistema o deseada como principio es una táctica peligrosa y manifiestamente perjudicial para el interés del niño y de la sociedad». Son palabras del cardenal Verdier, que ya en 1929 declaraba también: «La tarea de revelar los misterios de la vida y los deberes que ellos nos crean, no debe dejarse ni al instinto ni al azar de un encuentro criminal».

Conceptos «liberales», sí; pero no en el sentido peyorativo empleado por aquella señora, sino en el más luminoso que tiene la palabra.

La hora de la verdad

El camino de la explicación sencilla, progresiva y limitada —no tergiversada— va preparando al niño de modo que al llegar la adolescencia, con toda la compleja transformación que acarrea, la verdad no ha de sorprenderle ni atemorizarle.

Queda un interrogante en pie, que es precisamente el motivo de las reuniones a que nos referimos al principio y el de múltiples discusiones entre padres y educadores. ¿Es deseable que la educación sexual se imparta en las escuelas?

Hacia esta solución se inclinan la mayoría de los psicólogos, como complemento de una iniciación efectuada por los progenitores; pero sólo dos países, hasta ahora, han incorporado esta asignatura a la enseñanza general: Suecia, desde 1920, y Alemania occidental, desde 1948.

Podría aducirse, en una argumentación contraria a la conveniencia de este sistema, la evidente crisis de la juventud escandinava, con su proliferación de divorcios y suicidios que algunos atribuyen, precisamente, a la libertad sexual existente.

Sería llegar a una conclusión precipitada. La libertad sexual excesiva no ha de ser consecuencia necesaria de la información sexual. Más bien debe atribuirse a la manera parcial o equivocada de enfocar el problema. Presentar la sexualidad como un mero aspecto de la higiene, sin tener en cuenta su estrecha relación con los valores sentimentales y espirituales, con todo lo que hay de más puro en el hombre, es menoscabaría, tergiversarla. En cambio, vista desde este ángulo, que es el verdadero, no puede más que crear beneficios positivos.

La función esencial del ser humano, dar la vida, aparece así en su trascendental importancia, en su infinita belleza. Y conocerla es proporcionarle el respeto y la dignidad moral que merece.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO



Conjunto de abrigo y dos piezas creado por Dior. El abrigo, 6/8, de lana beige, roja y negra, es de línea cuadrada y lleva doble hilera de botones. El traje de chaqueta, de lana marrón, se cierra a un costado.



Un grueso «tweed», de lana azul y roja, se ha utilizado para realizar este vestido de noche de Grifffé. Por el escote y la amplia sisa asoma una pieza de terciopelo negro. Con este mismo tejido va forrado el amplio chal.

LANA A TODAS HORAS

La industria textil trabaja constantemente en el logro de nuevas calidades, dibujos, colores. La elección es cada vez más amplia y tentadora y casi no hay temporada en que no se ofrezca un nuevo tejido que viene a añadirse a la ya vasta colección existente. Sin embargo, las fibras de reciente invención no han conseguido desterrar a las tradicionales. Aun teniendo en cuenta su belleza y sus ventajas, éstas no son tantas que puedan hacer olvidar las clásicas: la seda natural y la lana. Este último tejido es insustituible para la época de los grandes fríos. Su agradable tacto, la elegancia de su caída, su diversidad de grosores, colorido y dibujo, lo hacen apropiado a toda clase de prendas, desde las destinadas a las horas de la mañana, hasta aquellas que van a lucirse en las ocasiones de gala.

En todas las colecciones de grandes firmas aparecen trajes de lana para cóctel, y largos, suntuosos, confortables, para recepciones íntimas. Pero no se utilizan sólo los tejidos ligeros, fáciles de drapear, como son el «crêpe» o el «tricot», sino también otros que hasta ahora sólo se empleaban en la confección de abrigos o trajes de chaqueta, como el «tweed», el chevot y el paño.

La nueva generación en tejidos de lana es simple, discreta, sin nudos ni rizos: superficies lisas, a veces ligeramente peludas, pero con bases compactas que muestran, en ocasiones, metódicos acanalados.

La línea también ofrece novedades. Se ha dividido en «pisos». Los abrigos no tapan por completo el vestido o la falda. Son 9/10, ofreciendo un efecto de túnica. Y lo mismo ocurre con las faldas de los sastres y de los vestidos. Estos últimos llegan a tener hasta tres y cuatro «pisos» distintos. Sobre todo los de noche, formados por plisados, volantes o bieses.

Las faldas se acortan, hasta descubrir la rodilla, durante el día y se alargan, hasta tapar las pantorrillas, por la noche.

Los hombros se estrechan. El talle se afina y se sube. De día, la silueta es joven, cómoda, dinámica. De noche, se estiliza, se alarga, deja la espalda o el escote al descubierto, pero cubre los brazos, misteriosamente, hasta la punta de los dedos.

Las mujeres que puedan vestirse en una casa de alta costura encontrarán todas estas novedades al alcance de su gusto. Pero también se puede ir a la moda sin hacer gastos excesivos, escogiendo un vestido en un gran almacén. La confección es cada vez mejor y atiende cuidadosamente a seguir las directrices emanadas de los grandes creadores. Y en el caso de que no se disponga del dinero o el tiempo necesario para renovar el guardarropa, es igualmente posible dar un aire de nuevo al del año pasado, cortando las faldas a diez centímetros del bajo, cosiendo esa franja de diez centímetros a un forro y éste a la cintura de la falda primitiva. Así, con poco trabajo y poco gasto, se obtendrá la línea túnica que caracteriza la moda de este invierno.